

# Dudas y encantos en lo Absoluto

Marcin Zurek

*En este texto, el filósofo polaco Marcin Zurek, se aproxima a las tentaciones totalitarias del liberalismo y de las buenas intenciones políticas, retomando, a la manera de Voltaire, la idea del quehacer de la filosofía como una de las formas supremas de la ironía.*

*En cada academia hay lugar para la cátedra de las verdades desconocidas, dijo Voltaire. Cada una debe promover, se podría agregar, la virtud de cuestionar todas las supuestas verdades.*

¿Habrán sido los designios de la casualidad (pasando aquí por alto lo incoherente del pensar que la casualidad pueda ocultar ciertos designios), una simple coincidencia o, tal vez, mala suerte que tantas veces nos hayamos enfrentado a ese tipo de creyentes fervientes e intransigentes que, en el repugnante y un tanto diabólico acto de dudar, suelen ver una falla espiritual, atisbando el abismo más temible en el cual pueda caer un ser humano? ¿O será un atributo de la mente humana estremecerse y persignar apresuradamente en un temor incontenible al escucharse que dudar no es *falla espiritual* sino la más sutil *virtud intelectual* (quizá la misma que al *homo* cualquiera lo convirtió en el orgulloso —no del todo mercedadamente— *homo sapiens*)? Es significativo que incluso René Descartes quedó a medio camino en su noble y valiente empresa de purgar la mente humana de toda

la carga de la irracional herencia cultural (que nos liberaría del impotente y resignado “me inculcaron”). Él, que nos enseñaba a despejar la mente de lo que no hubiera sido encontrado por medios racionales, no se atrevió a dudar ni un instante en la presuntamente infalible y reconfortante *lumière naturelle* que lo condujo directamente con Dios.

El conflicto entre los intransigentes defensores de la “verdad autoritaria” y los partidarios críticos de la “verdad discursiva” (cuyo único mandamiento incorruptible e inflexible es atenerse a los rigores de una metodología) parece ser una de las más perdurables controversias de la cultura occidental, casi su acto constitutivo. La primera expresión importante de esta distinción, en la que se fundó la conciencia epistemológica de la Europa moderna, fue la sentencia de muerte para Sócrates, quien se había atrevido a cuestionar el “obvio” orden del mundo (fue él quien en el acto de dudar advirtió el fundamento del pensamiento racional). De la dialéctica de la “verdad en sí” y la verdad sancionada por la autoridad

viene uno de los más fuertes impulsos que moldean la historia, la conciencia colectiva y las decisiones ideológicas de los individuos.

La conciencia de este conflicto llevó a Andreas Osiander, el autor del prefacio de *De revolutionibus orbium coelestium*, a afirmar precavidamente que la tesis de Copérnico no procuraba expresar la verdad objetiva que cuestionara la imagen tradicional del mundo, sino que su único objetivo era la fidelidad empírica. La distinción entre la fidelidad empírica y la verdad objetiva se disolvería parcialmente siglos después en las sutilezas filosóficas, pero en aquel entonces una imprudencia cometida al confundirlas pudo costar la reputación y hasta la vida. Cuán perspicaces fueron las reservaciones de Osiander, que anticipaban la rabia de ese guardián de las últimas verdades que era la Iglesia Católica, habrían de comprobar Galileo y Giordano Bruno, quienes decidieron abandonar su actitud neutra y se pronunciaron a favor del discurso racional y en contra del dogma defendido por la Iglesia a capa y espada.

¿Por qué las opiniones que cuestionan las verdades aparentemente absolutas (¿cuantas veces hay que repetir el lugar común de que las apariencias engañan?) causan tanto revuelo, indignación y temor? ¿Por qué a tantos les causa pavor la tesis de que cualquier imagen que tengamos del mundo jamás podrá descansar apaciblemente sobre fundamentos inquebrantables que nos garanticen seguridad y tranquilidad moral o intelectual? ¿Será tan repugnante afirmar que toda representación del mundo se basa en meras creencias y que éstas suelen flotar en el aire de pareceres, coincidencias biográficas, elecciones irracionales y preferencias estéticas (aunque el esteticismo puro es la máscara de la barbarie)? ¿Por qué la opinión de que lo que nos parezca obvio jamás se podrá justificar racionalmente como tal provoca tanta inquietud y alteración de las mentes que sólo ansían descanso espiritual fundado en respuestas absolutas? Y, por fin, ¿de quién es esa inquietud?

Un atisbo a las profundidades del miedo que atormenta a cualquier fanático proporcionan los feligreses de la escatología secular del socialismo, así como los depositarios de las verdades religiosas. Ambos tienden a percibir en la tolerancia el germen del Apocalipsis y aportan la más expresiva ilustración de los peligros del dogmatismo que pase los límites de la privacidad y pretenda determinar las prácticas sociales y políticas.

\* \* \*

“Si sólo eres creyente, di mejor que eres un católico mediocre” —le oigo decir a un sacerdote totalitario cuando las coincidencias que no concuerdan precisamente con mi voluntad inmediata me llevan a una iglesia atrincherada fuera del alcance de la luz de la Ilustración

(la que tanto revuelo causa en las ordenadas almas de los que el mero acto de vacilar lo consideran un pecado imperdonable). ¿Habrá sido el árbitro supremo de la mediocridad que de un tajo divide el mundo impecable de los católicos sanos del abismo de la patología en el que caen los que se atreven a dudar? “¿Crees a tu propia manera?” —pregunta con una contorsión de la cara que delata incredulidad que se forcejea con asco. “Es que no hay maneras propias, hay solo un dogma” —reconfirma y nutre la fe para los que errar, buscar y dudar se identifican con una enfermedad mortal del alma.

No es sólo un detalle insignificante de la vida de los sacerdotes provincianos que atisban presagios de la debacle y empiezan a exorcizar al diablo cada vez que alguien se atreve a ponderar la posible justificación de los dogmas. El temor al libre pensamiento es más bien una actitud que, de una manera metódica y casi lógica, viene de la naturaleza de cualquier fe que se apoye en el terrorismo espiritual. Tomemos en cuenta la controversia entre Pierre Bayle, ese pensador “preilustrado”, defensor de la “conciencia errante”, que profesaba los beneficios de la libertad intelectual y el obispo Jacques Bossuet que aseveraba, aterrorizado por los presagios de la Ilustración, que si juzgáramos la autoridad suprema de la Iglesia según los criterios de los escépticos incrédulos, “la unidad de la Iglesia quedaría echa polvo”. El espíritu de Bossuet más de una vez triunfó sobre la herencia socrática.

¿Por qué los dogmáticos tan fácilmente abandonan las sutilezas de la fe, haciendo uso del infame “último argumento” de Arthur Schopenhauer? Con su típica ironía desencantada, deliberadamente presentó en su famosa *Erística* toda una serie de argumentos falsos, aconsejándonos perversamente que en cuanto se nos terminaran recurriéramos a ofensas verbales (que, por cierto, ya mucho antes habían logrado el aprecio de los que en la palabra de la Autoridad Suprema solían atisbar *la Verdad*). Los fanáticos religiosos hacen uso de esos recursos con deplorable frecuencia. Pero de ninguna manera son los únicos que los exorcismos vehementes convierten en el escudo de la fe. No solamente ellos abandonan los mandamientos de esa fe noble que no quiere rebasar sus límites, de una fe consciente de lo que es —una *fe* y ni un ápice más.

¿Por qué la fe sufre con tanta frecuencia esa fiebre del deseo de conciliarse con lo que no puede ser; a saber: conocimiento? A los ojos de los creyentes que recurren al último argumento de Schopenhauer, tal matrimonio a su fe la haría inmune a los ataques de los escépticos vacilantes. Sin embargo, sería sólo un acto inútil apropiarse de los recursos que no pueden respaldar las consignas y amenazas que con tanto éxito mantienen a los feligreses de todos los dogmatismos dentro del corral que trazan los Altísimos —los de la Iglesia o los del Partido. Sería

Leonardo Nieman, *Génesis*

un acto suicida, porque todo conocimiento necesariamente debe basarse en la valentía de dudar y cuestionar. Los laberintos de la mecánica intelectual del dogmatismo convierten sus motivos en un caos irrecusable y lo condenan al infierno de la oculta inconformidad consigo mismo. Ningún creyente se conforma jamás con lo que es, se confunde, se mira al espejo con una frecuencia neurótica y trata de arrebatarle al envidiado científico (que existe sólo en su mente) su tesoro más preciado, aunque tan inexistente como el unicornio: la Certeza Absoluta. Ésta es, sin embargo, sólo un producto de una desviación mental y nunca se refleja en la realidad. Es el refugio ilusorio de quienes temen enfrentarse a la realidad en la que el escéptico racionalista jamás encuentra respuestas finales —por el simple hecho de que no las hay y como nos enseña la epistemología no las puede haber jamás.

\* \* \*

La incontenible manía de fabricar consuelos no se detiene dentro de los límites de las religiones que desafortunadamente carecen de la mística (que con tanta finura describió Rudolf Otto) y la reemplazan con verdades caseras que se imponen a la fuerza. El deseo de fabricar las

verdades absolutas lo transforma todo en una religión de juguete, donde el concepto de la verdad se vuelve tan ilusorio que funge únicamente como un placebo psicológico o algo indistinguiblemente parecido a una sueta de Prozac espiritual.

Éste ha sido consumido con gran ahínco también por las sociedades socialistas que tuvieron la malísima suerte de seguir a los grandes descubridores de las verdades trascendentes, que creyeron haber revelado la intrínseca mecánica de la historia humana. Recordar la historia completa de la propensión de los caudillos socialistas a llevar de la mano a millones de ignorantes hacia el paraíso comunista, sería una tarea de nunca acabar. Pero se puede recomendar evocar a ratos una que otra anécdota histórica por el mero gusto de analizar la extraña lógica de la ceguera política (como por ejemplo, el famoso retruécano del Che, quien creía que como director del banco nacional de Cuba se desempeñaría mejor un comunista aunque no supiera nada de economía que un economista que no fuera comunista).

A parte de su función sedativa, de nada le han servido a nadie las absolutas, místicas, sagradas e intocables garantías y las megalómanas aseveraciones de pensadores infalibles que por arte de magia elevan la fe al nivel epistemológico de una ciencia última y absoluta. La incapacidad

cidad de distinguir entre la fe y el conocimiento es la enfermedad incurable del dogmático, de la cual él mismo no está por lo general consciente. Como el revolucionario ortodoxo prefiere aniquilar a los ignorantes, aunque sean millones, también el admirador fanático de alguno de los avatares divinos deniega con aborrecimiento la sencilla posibilidad de que se equivoque. Los dos, ni de lejos, entienden que sus convicciones jamás podrán aspirar a ser más que *convicciones* y no un objetivo y fiel reflejo de una realidad trascendente. Muchos se conforman con su soberbia autoconfianza, pero hay quienes con una vehemencia siniestra pretenden purgar el mundo de los herejes enajenados. Y, por lo general, los dogmáticos no advierten la contradicción entre la realidad y las convicciones, que conservan a pesar de toda evidencia, que nunca las contraría. Además de las aberraciones de sus rígidas y antiempíricas almas, el dogmático revolucionario y el fanático religioso tienen más en común de lo que a primera vista podría creerse.

Hay que subrayar, sin embargo, que la diferencia entre la fe y la ciencia (que, por cierto, jamás ha llegado a saber nada a ciencia cierta) no es una categoría epistemológica, sino un modesto postulado metodológico. No hay pues criterios seguros que permitan establecer tal distinción. Ni siquiera en la física, que se suele presentar como el paradigma de la ciencia exacta, hay manera de efectuar una prueba conclusiva que la purgara del subjetivismo. Ernst Mach, Pierre Duhem y después Bas van Fraassen argumentaron convincentemente que las teorías de la física no nos proporcionan ninguna imagen objetiva del mundo, siendo construcciones convencionales, que no sólo nunca son verdaderas, sino para las cuales los conceptos de lo verdadero y lo falso no concuerdan. Werner Heisenberg incluso aseveraba que con el nacimiento de la física cuántica “la realidad objetiva se evaporó” y que, en cierto sentido, lo observado depende de las decisiones arbitrarias del observador.

La distinción entre la fe y el conocimiento no surge por lo tanto de algunas facultades extraordinarias que permitan captar el mundo en su forma objetiva, sino de cierta actitud metodológica, que en su expresión más vehemente fue formulada por Karl Raimund Popper, el filósofo austriaco-británico que esbozó los principios del racionalismo crítico con tal ahínco que hubo quienes

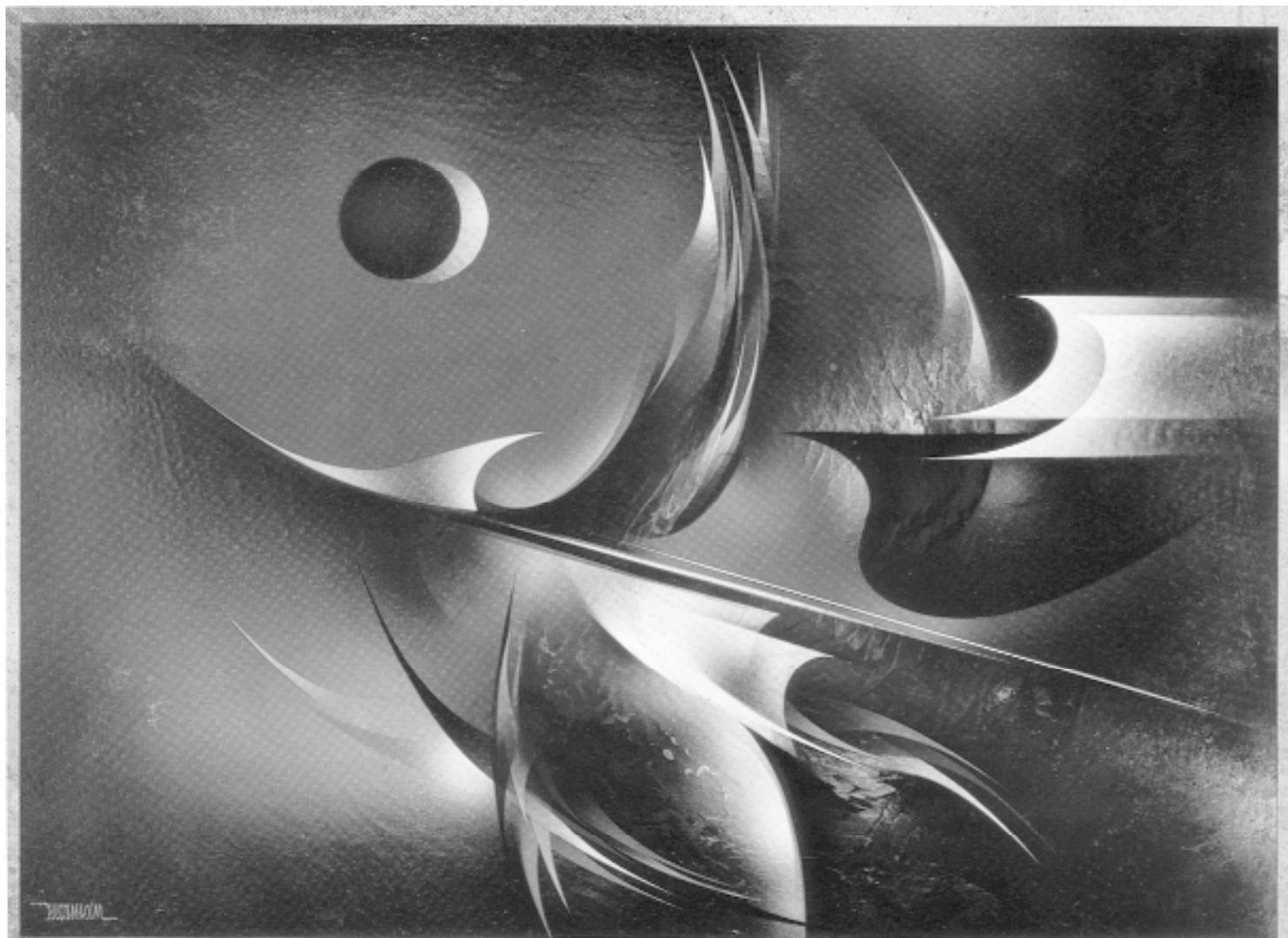
llegaron a considerarlo un tanto histérico. La metodología de la ciencia consiste, dice Popper, en la búsqueda de evidencias que contradigan las hipótesis que adoptemos temporalmente. En cambio, la actitud dogmática o pseudocientífica se conforma y satisface con evidencias positivas. El dogmatismo y el criticismo forman dos órdenes perfectamente asimétricos —el primero se constituye con base en convicciones que, de antemano, se adoptan como verdaderas, ignorando u ocultando por medio de recursos meramente verbales todas las incoherencias y contradicciones, mientras el segundo es un esfuerzo metódico de *refutar* las teorías que nunca llegan a ser más que hipótesis temporales, cuya verdad, en el mejor de los casos, se queda en el dominio de la metafísica, es decir, fuera de nuestro alcance. En última instancia no importa si se trata de pseudociencia, política, astrología o religión —la naturaleza de la ceguera dogmática es siempre la misma.

\* \* \*

Después de los atentados del 11 de septiembre la opinión pública se dividió en dos facciones. La opinión pública —superficial e irreflexiva por naturaleza— habitualmente se divide y expone en dos modalidades generales, indiferentes a todas las sutilezas morales e intelectuales que puedan entorpecer el juicio. Parece ser una manifestación de la convicción dualista, un tanto maniquea, de que la única elección que enfrentamos es *aceptar o rechazar, coincidir o rehusar, elogiar o condenar*, ya que todo es *bueno o malo, bello o feo*. Pero no son excepcionales las ocasiones cuando tanto la afirmación como la crítica surgen de la vulgaridad espiritual o de las confusiones intelectuales.

A resultas de los mentados atentados surgió —particularmente en los Estados Unidos— una hostilidad más bien generalizada hacia el islam y sus secuaces. Conforme a la polarizada dialéctica de las discusiones públicas, en el afán de mantener el equilibrio ideológico del pueblo, se levantaron los nobles defensores del islam, manteniendo que hasta en la más torcida y equilibrística interpretación del Corán no es viable considerarlo como la inspiración del crimen. Si bien es verdad que fue perpetrado por musulmanes, sus creencias supuestamente

Werner Heisenberg incluso aseveraba que con el nacimiento de la física cuántica “la realidad objetiva se evaporó” y que en cierto sentido lo observado depende de las decisiones arbitrarias del observador.

Leonardo Nierman, *Vuelo eterno*

no tuvieron más importancia que la que hubiera tenido el hecho accidental y superficial de que fueran bermejos, coleccionistas de estampillas y latas de cerveza, zurdos, vegetarianos, adoradores de las fugas de Johann Sebastian Bach, odontotécnicos o seguidores del Cruz Azul.

En los discursos de defensa apareció también el singular concepto de la “democracia islámica”, que parece igualmente absurdo que la idea nazi de la “física judía” o la locura soviética de la “biología proletaria” que llevó al gran estafador Lysenko a aniquilar la agricultura rusa. Las calificaciones ideológicas del concepto de la democracia son únicamente para torcerlo y distorsionarlo fuera del ámbito del discurso racional. Pero lo más importante es que privilegiar constitucionalmente cualquier ideología lleva a menudo a sus defensores a creer que el instrumento principal de la discusión y la crítica es un tiro en la nuca.

Desconfianza hacia cualquier árabe que se acerque a un rascacielos o a un avión, violando la distancia que según criterios poco precisos pueda considerarse inquietante, es seguramente un reflejo de fobias, prejuicios y asociaciones más bien primitivas. Pero, al mismo tiempo, es psicológicamente comprensible, pues el trauma de

septiembre ha privado al mundo de otro tanto de su alegría y despreocupación que de una manera inexplicable logró salvarse del siglo xx. Pero no menos ingenua, a pesar de todas las apariencias de su sutileza intelectual, es la convicción de la absoluta autonomía de los actos cometidos en Nueva York respecto a la fe que se asocia con sus perpetradores.

¿Por qué con la misma vehemencia nadie defiende a Marx de la extensamente divulgada, aunque totalmente falsa y vulgar, convicción de su participación en los crímenes de los regímenes comunistas? Sería inútil buscar en los escritos de Marx sanciones intelectuales y justificaciones, sin siquiera mencionar cualquier instigación, de las crueldades y aberraciones de los tiranos que lo invocaban. Sin embargo, sería insensato conjeturar que con igual éxito éstos hubieran podido apoyarse en la autoridad de David Hume o profesar sus revoluciones y promesas de la salvación laica, reemplazando a Marx con Sócrates o Alexandr Herzen. Igualmente absurda sería la conjetura de que las predilecciones nazis hacia Nietzsche fueran completamente arbitrarias y que solamente por casualidad y omisión su objeto no fue Immanuel Kant o incluso San Francisco de Asís.



Leonardo Nierman, *Sol de media noche*

Sería precipitado acusar a Marx de los crímenes del stalinismo (así como incriminar a Nietzsche por las patologías del nazismo). Pero errada y precipitada sería también la absolución incondicional. ¿Quizá sería razonable plantearse la pregunta de si, en los escritos que a sus espaldas endosaron intelectualmente las dictaduras comunistas, no se esconde algo que en una ecuación lógica vincule la realidad social y política del comunismo con la fe basada en su obra?

La convicción de que los acontecimientos del 11 de septiembre surgieron directamente de los preceptos del islam es infundada. Pero igualmente errónea es la tesis de que la religiosidad de los atacantes y su crimen no se relacionen de ninguna manera. Tal relación existe y su naturaleza se asemeja a las culpas de Marx por las atrocidades del comunismo. Fundar el orden social en axiomas religiosos o pseudoreligiosos (como fue en el caso del marxismo) es altamente peligroso ya que significa implantarle el germen de autodestrucción. Poco importa si se trata de la escatología del comunismo y la visión marxista de la salvación o de la democracia del islam. No es de extrañar que ésta sea dominada por los que creen que es más importante que sea islámica y no democrática.

Paradójica e irónicamente, por designios del destino aparentemente ciego, los talibanes capturados hace unos años en Afganistán fueron encarcelados en la base estadounidense de Guantánamo. La asociación topográfica,

por así decirlo, del comandante Castro con el régimen afgano revela un siniestro, aunque gratuito y fugaz, simbolismo. Tanto las aberraciones del primero, como los crímenes del segundo surgen en última instancia de una fe dogmática, incuestionable y basada en una escatología metafísica. Se apoyan en un dogma identificado con la Verdad Absoluta y según los dos regímenes, cuestionarla se merece destierro a los abismos del infierno o de algún lugar que se parezca al archipiélago Gulag (que, en fin, da exactamente lo mismo). Poco importa si el dogma sagrado descansa en infalibles diagnósticos científicos o revelaciones religiosas, si emana de la iluminación mística o se deriva de un capricho, si es de este reino o de cualquier otro. Con frecuencia se cree que el dogma justifica las medidas que nos conduzcan a la meta, ignorando su dimensión ética. *Para hacer un omelet, hay que quebrar los huevos* —expresó metafóricamente el banditismo revolucionario del Estado ruso, el gran exiliado, León Trotsky.

\* \* \*

¿Por qué el dogmatismo de tal u otra naturaleza es una deformación psicológica y política tan común? ¿Por qué en nombre de los dogmas absolutos —que jamás se acercan al Absoluto— se sacrifican las vidas de aquellos que (menos perspicaces historiosóficamente o simplemen-

te indiferentes hacia verdades absolutas) no se dejan convencer por completo? ¿Por qué a los dogmáticos les causa pánico cualquier reflexión acerca del vínculo epistemológico de su *credo* con la realidad? ¿Por qué no quieren ver que tal vínculo simplemente no existe y que jamás podremos *conocer* lo que es objeto de nuestras creencias? ¿Por qué resulta tan difícil abandonar las ideas profesadas a toda costa incluso cuando su bancarrota resulta obvia a todas luces? ¿Por qué los ciudadanos nostálgicos de la ex Unión Soviética desfilan con retratos de Stalin, uno de los criminales más grandes en la historia de la humanidad, expresando su añoranza al periodo en el cual a cambio de su libertad les fue dada una despreocupación basada en el dogma marxista? ¿Será porque —como aseveran muchos— hay que creer en algo, para que nuestra vida adquiera un sentido absoluto y profundo?

Sin embargo, suponer la necesidad de creer en *algo* para que la condición humana se ennoblezca, es admitir que de hecho vale lo mismo creer en lo que sea. Si uno adopta la escatología comunista o deposita su vida en las manos de cualquier dios, únicamente para que su vida descansa en un fundamento seguro, en el afán de liberarse de la “insoponible levedad de ser”, entonces no tiene

ninguna importancia si el objeto de tal fe realmente existe o es sólo una fantasía terapéutica. No es fácil admitir ante uno mismo que las convicciones que tengamos sean solamente convicciones y no una verdad indiscutible; aún más difícil sería admitir que hayan resultado o que puedan resultar erróneas. Pero ¿por qué no plantearse la siguiente pregunta sin prejuicios y el temor que siempre se vincula al absolutismo?: ¿No será posible que nuestra vida simplemente no tenga ningún sentido absoluto, objetivo e incuestionable?

\* \* \*

La democracia y el liberalismo, identificados a veces por medio de perversas operaciones intelectuales y asociaciones más bien primitivas con el nihilismo, con frecuencia causan repulsión y temor. Tal es la fuerza del instinto que Erich Fromm llamó *the escape from freedom* y de la inercia hacia un mundo prefabricado, fundado sobre la indiscutibilidad del Absoluto que exime de la responsabilidad moral e intelectual. Pero el precio que últimamente tenemos que pagar por el miedo a la libertad resulta habitualmente exceder con creces los alivios ilusorios de la tranquilidad absolutista. **U**



Leonardo Nierman, *Eclipse*